

## Entre el hogar, la escuela y la calle: niños y jóvenes otomíes en la ciudad de México



La migración de los indígenas otomíes de Santiago Mezquitlán (municipio de Amealco, estado de Querétaro) a la ciudad de México se inicia en la década de 1940, debido al deterioro de las condiciones de vida en su comunidad (falta de agua para el riego, carencia de animales de labor por haber sido sacrificados debido a la fiebre aftosa y la atomización de las parcelas). Ante la falta de fuentes de trabajo en la región, el trabajo migratorio se presentaba como la única opción para obtener ingresos que permitieran enfrentar los gastos de manutención de la familia y los relacionados con el cultivo de maíz (para contratación de peones y compra del fertilizante).

Primero salían sólo los hombres para emplearse como macheteros y cargadores en los grandes mercados y como peones en la construcción; posteriormente, para conseguir más recursos, empezaron a trasladarse con sus mujeres e hijos. Las mujeres y niños se dedicaban a la venta callejera de dulces y chicles y pedían limosna. Durante su breve estancia en la ciudad (de 2 a 3 semanas) alquilaban cuartos para pernoctar o dormían en sus lugares de trabajo (en el caso de los hombres). Una vez reunida una cierta cantidad de dinero, la familia regresaba a su comunidad, para volver a la ciudad cuando se acababan los recursos.<sup>1</sup>

Con el tiempo, algunas personas y familias empiezan a fijar su residencia en la ciudad, a la vez que conservan un contacto estrecho con la comunidad, donde dejaron su casa, y sus familiares o muchos ellos siguen cultivando la parcela. Sin embargo, la mayoría de personas y familias se rigen por el patrón de migración temporal de corta duración. En la década de 1990 un importante número de familias otomíes (unas que ya residían en la ciudad y otras que venían sólo a trabajar) se agrupa en algunos predios en la colonia Roma, abandonados por sus dueños después de los sismos de 1985, debido al derrumbe de las construcciones. Su situa-

\* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

<sup>1</sup> Lourdes Arizpe, *Indígenas en la ciudad de México. El caso de las "Marías"*, México, SepSetentas, 1975.



ción y condiciones de vida muy precarias llaman la atención de las autoridades, del Instituto Nacional Indigenista y de varias organizaciones no gubernamentales que se acercan a ellos para ayudarles a resolver los problemas más apremiantes.

La educación de los niños y jóvenes en edad escolar requería pronta atención, ya que la forma de vida de sus familias —que consistía en vaivenes constantes entre la ciudad y la comunidad— no les permitía asistir a clases de manera regular o simplemente estudiar. Además, los padres no daban mucha importancia a este aspecto, pues preferían que sus hijos ayudaran a reunir más recursos para la familia. Esta falta de interés por los estudios de los hijos se debía también al alto grado de monolingüismo y analfabetismo entre los padres, sobre todo entre las mujeres. Una encuesta realizada entre los padres de los niños actualmente inscritos a la escuela en la capital indica que 55.3% de las madres y 38% de los padres no han asistido a la escuela.<sup>2</sup> Estas cifras se elevan, particularmente en el caso de las mujeres (hasta el 75%), en la comunidad emigrada que reside en cuatro vecindades de la colonia Roma, estudiada por Ukeda.<sup>3</sup> Lo anterior repercute de manera importante en el proceso de integración social del grupo a la

sociedad urbana, al margen de los factores externos (por ejemplo, la discriminación). Ukeda constata que en el caso de los otomíes de Santiago Mezquititlán: “Los bajos recursos humanos se deben no sólo a la pobreza, también al poco valor que los padres dan a la educación escolar, ya que muchos de ellos nunca fueron a la escuela.”<sup>4</sup>

En el presente artículo se describe la situación de niños y jóvenes otomíes cuyas familias viven en asentamientos congregados en cuatro predios de la colonia Roma (uno de ellos ya regularizado y con viviendas construidas según un proyecto y crédito oficial, los otros tres todavía en situación irregular).<sup>5</sup> Muchos niños nacieron en la comunidad, otros, sobre todo los más jóvenes, en la ciudad. Las condiciones de vida precarias de sus familias, la marginalidad social y cultural —que se traduce en el aislamiento de la sociedad urbana que los rodea—, el trabajo infantil desde edad muy temprana, el alcoholismo de los padres, la violencia familiar y la drogadicción constituyen el contexto en que se desenvuelve una gran cantidad de niños y jóvenes otomíes. Incluso algunas familias que han alcanzado mejores niveles de vida y donde no se presentan conflictos, no han podido evitar el problema de drogadicción de sus hijos, el cual se origina casi siempre por el contacto con jóvenes de la calle. Si bien es cierto que no todos los jóvenes tienen este tipo de problemas, los afectados son suficientemente numerosos (además de existir el peligro de que transmitan el vicio a niños menores o que éstos lo adquieran cuando empiecen a trabajar solos en la calle), para considerarlo como uno de los problemas más serios de la juventud otomí en la capital.

Por otra parte, si bien la gran mayoría de niños asiste actualmente a clases, presentan numerosos problemas —como el seguimiento de los programas escolares, el ausentismo y deserción escolar— por tener

<sup>2</sup> Nicanor Rebolledo, *Un caso de migración y bilingüismo indígena en la ciudad de México*, México, Universidad Pedagógica Nacional (Más textos, 26), 2007, p. 63.

<sup>3</sup> Hiroyuki Ukeda, “Social Policies towards Indigenous Migrants in Mexico City: Case of Otomi Migrants from Santiago Mezquititlán, Querétaro State”, ponencia presentada en el encuentro de Latin American Studies Association, Washington DC, 6-8 de septiembre de 2001, p. 9.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 13.

<sup>5</sup> En “La lucha por el espacio urbano: un caso otomí en la ciudad de México”, en *Antropología. Boletín Oficial del INAH*, núm. 88, pp. 78-86, describo el proceso de lucha por regularizar o adquirir los predios por parte de dos grupos de familias otomíes residentes en la colonia Roma.

como lengua materna una diferente del español y ser portadores de una cultura distinta a la nacional (que por cierto no dominan totalmente), además de sufrir muestras de discriminación que caracterizan sus relaciones sociales dentro y fuera de la escuela. A continuación se presentan los avances de investigación sobre varios de los problemas que afectan a la población juvenil otomí en la ciudad, en el ámbito familiar, en la escuela y en la calle (donde trabajan y pasan una parte importante de su tiempo libre de clases).

### Los hijos en la familia

La familia otomí posee muchos hijos debido a que las mujeres se casan (o juntan) muy jóvenes (desde los 14 o 15 años) y empiezan a procrear, por lo que su edad fértil se alarga considerablemente. Las mujeres que se casaron (igualmente muy jóvenes) viviendo ya en la ciudad, o cuyos hijos nacieron en la ciudad, tienen entre dos y cuatro hijos, lo cual constituye una diferencia importante con la generación anterior donde puede haber entre cinco y diez hijos. Se observa una cierta promiscuidad: las mujeres abandonadas por su pareja se juntan fácilmente con otro hombre y siguen procreando hijos. Esta situación frecuentemente genera conflictos entre los padrastros y los niños que no son sus hijos.

Las familias objeto de este estudio viven en asentamientos congregados en cuatro predios de la colonia Roma. La manera en que las familias y sus parientes cercanos ocuparon los predios, después de los sismos de 1985, explica que a menudo los hijos casados tengan su vivienda al lado de la de sus padres; a su vez, los hijos o hijas que se casaron después de la ocupación, cuando ya no quedaban lotes o departamentos disponibles, trajeron a sus cónyuges al domicilio familiar, lo que causa un serio hacinamiento en algunas viviendas.

Actualmente el trabajo en el ramo de la construcción es la actividad predominante entre los hombres, además del comercio (puestos con venta de dulces y refrescos y la venta ambulante de juguetes u objetos de moda en la calle). También limpian autos y parabrisas, y

los mayores de edad o discapacitados piden limosna. A su vez, las mujeres se dedican principalmente a la venta callejera de artesanías (muñecas de trapo), adornos, juguetes, dulces y chicles; también suelen pedir limosna. Los niños y niñas desde temprana edad contribuyen a la economía familiar pidiendo limosna o vendiendo dulces y chicles junto a sus madres. Los mayores limpian parabrisas en los semáforos.

En las familias otomíes se registra relativamente un alto grado de alcoholismo que afecta tanto a hombres como a mujeres. Ukeda estima que por lo menos 10% de los hombres adultos son alcohólicos crónicos (toman casi todos los días) y entre 15 y 20% son alcohólicos en un primer grado (no toman diario, pero cuando empiezan a tomar pueden seguir por varios días, hasta una semana). El problema de alcoholismo es menor entre las mujeres, pero también su frecuencia es alarmante.<sup>6</sup> Si tomamos en cuenta que los miembros de la comunidad emigrada que profesan la religión evangélica, y que constituyen un grupo importante, no toman alcohol, el problema del alcoholismo aparece con toda su amplitud. El alcoholismo está acompañado con frecuencia de distintos grados de violencia hacia las mujeres y a veces hacia los hijos. En el caso del maltrato de mujeres, se trata de una práctica muy común en las comunidades de origen, que se perpetúa en la ciudad.

<sup>6</sup> Hiroyuki Ukeda, *op. cit.*, p. 13.





Los hijos son las principales víctimas de la situación de violencia en el hogar. La violencia, bajo distintas formas, la ejercen los padres u otros familiares masculinos (padrastrros o padrinos), pero también sus propias madres. Es frecuente que, cuando no son sus hijos, el padrastro maltrate a los niños o adolescentes de ambos sexos. En algunas familias los hijos sufren también el descuido y malos tratos (físicos, psicológicos) por parte de la madre, lo que puede llevarlos a dejar el hogar para integrar un grupo de jóvenes de la calle con consecuencias graves (como la drogadicción o el embarazo en el caso de las hijas). Hace algunos años se dieron casos de violación de menores (niños) por los propios hombres de la comunidad. Esta situación alarmó a las educadoras de una ONG que trabajaban en las comunidades urbanas otomías y se organizaron talleres de educación sexual impartidos a los niños y a los padres (en la comunidad de la calle de Guanajuato), lo que permitió desarrollar en ambos la conciencia del problema. Igualmente, el hecho de escolarizar a los niños ayudó a controlar esta situación, de manera que en los últimos años no han ocurrido nuevos casos de este tipo de abuso. Éstos son algunos casos de violencia extrema, pero se conocen familias donde los padres son cariñosos y se preocupan por los hijos.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Los estudios citados, así como los datos de esta investigación realizados sobre las familias otomías que residen en la colonia Roma, coinciden en cuanto a los problemas de alcoholismo y violencia en los hogares y sus efectos negativos sobre la conducta y escolaridad de los niños. Resulta interesante que en los estudios realizados entre las familias otomías, originarias de la misma comunidad pero residentes en Guadalajara, no se mencionan estos problemas. Por el contrario, se subraya el trato cariñoso de los

Varios problemas que afectan a las familias indígenas en la metrópoli se originan en el ámbito urbano al trasladarse a la ciudad, independientemente de su relación con su comunidad de origen. Constata Rebolledo: “La libertad ciudadina es desastrosa para el campo cultural indígena, pues los patrones de organización de las familias son alterados al entrar en contacto con el mundo de la ciudad. La unión familiar se desbarata fácilmente de sus vínculos primordiales y sus miembros no siempre encuentran en la nueva estructura social alguna clase de apoyo que supla los arreglos tradicionales.”<sup>8</sup>

Si bien prevalecen algunos vicios como el alcoholismo o la violencia, también existen en la comunidad problemas de desintegración familiar que afectan a los hijos por la influencia del medio urbano en el que se desenvuelven (la marginación social debida a la diferencia cultural y de idioma, y por causa de la discriminación) son responsables de las situaciones familiares más críticas.<sup>9</sup>

padres otomías con los niños chiquitos, mientras que se vuelven exigentes y estrictos con los mayores de siete años que deben estar trabajando (en vez de estar estudiando), pero en ningún momento se habla de la violencia. Véase Regina Martínez Casas, *Vivir invisibles. La resignificación cultural entre los otomías urbanos de Guadalajara*, México, CIESAS (Publicaciones de la Casa Chata), 2007.

<sup>8</sup> Nicanor Rebolledo, *op. cit.*, p. 83.

<sup>9</sup> Los problemas de comportamiento de algunos niños se hicieron presentes en el taller (se trató de grabar un video sobre las tradiciones de su comunidad), organizado por una comunicóloga de la Universidad del Valle de México para un grupo de niñas y niños de 12 años de la comunidad otomí de la calle de Guanajuato. Las organizadoras se dieron cuenta de muchos problemas que aquejan a los niños: eran groseros, no se respetaban, manifestaban desprecio por las niñas y mujeres en general (“pinches viejas”), no obedían a nadie, hablaban mal, decían groserías y alburas con connotación sexual. Asimismo, algunas niñas eran muy groseras. No congeniaron con los niños mazatecos que también participaban en el taller, incluso tuvieron un trato despectivo hacia ellos. En esta situación, las organizadoras tuvieron que reordenar el grupo, quedando integrado únicamente por niñas. Sólo una de ellas podía hablar en otomí y sabía cómo se confeccionan las muñecas de trapo que hacía y vendía su mamá (el único caso de transmisión cultural completa); las demás conocían sólo algunas palabras en otomí y sólo algunos detalles de la confección de las muñecas (comunicación personal de la comunicóloga Irma Ávila). Lo ante-

### Los niños y jóvenes otomíes en la escuela

La educación de los hijos es un factor de primera importancia para que la comunidad otomí en la ciudad logre una mejor integración urbana y tenga mejores condiciones de vida. Sin embargo, las características de su migración (vaivenes frecuentes entre el pueblo y la ciudad) y la pobreza que obliga a los niños a trabajar desde la infancia, —aunadas a la ignorancia de los padres o incluso a veces a su renuencia para mandar a sus hijos a la escuela— significaron serios obstáculos para lograr la escolarización de los hijos en la ciudad. Esto explica que haya jóvenes adultos, sobre todo mujeres, en condición analfabeta.

Cuando se crearon los asentamientos congregados en los predios de la colonia Roma —donde vive un número muy importante de niños y adolescentes—, varias organizaciones no gubernamentales se interesaron en ellos y desarrollaron programas para lograr la escolarización de la población en edad escolar y la alfabetización de las mujeres. Así, el Centro Interdisciplinario para el Desarrollo Social (CIDES), institución de asistencia privada, implantó desde 1995 el programa “Colibrí”, que consistió en trabajar con los niños y sus padres durante cinco años para lograr que mandaran a sus hijos a la escuela. El taller logró involucrar a muchas familias y dio como resultado la escolarización de 95% de los niños entre 6 y 14 años. Las educadoras, además, ayudaban a conseguir el acta de nacimiento cuando hacía falta para que ingresaran a la escuela. Los líderes de los respectivos grupos, por su parte, apoyaron el programa tratando de convencer a los padres sobre la importancia del estudio para sus hijos. En algunas familias los niños no entraron a la escuela porque los padres no consideraron conveniente mandarlos a pesar de contar con la información necesaria, o porque los niños no querían y los padres no los obligaban.

Al terminar el mencionado programa en 2000, el

rior confirma el problema de falta de modelos culturales —que les debería proporcionar la familia— de los hijos (sus valores étnicos) en la familia y la escuela. El ámbito de la calle parece tener la influencia más decisiva sobre su visión y práctica de sus relaciones sociales. La importancia de la calle es también un indicador del grado de desintegración familiar y de la incapacidad del sistema escolar para integrarlos.

CIDES llegó a un acuerdo con el director de la escuela primaria Alberto Correa de la colonia Roma, para abrir un turno vespertino dirigido a los niños otomíes; la idea de los dos turnos separados fue la de evitar posibles conflictos o burlas por parte de los niños no indígenas. Posteriormente se abrió un kinder para que los niños otomíes en edad preescolar pudieran cumplir con el requisito indispensable para entrar a la primaria; si bien la totalidad de los padres fue informada de ello, no todos mandaron a sus hijos o sólo los hicieron asistir al curso preescolar. A pesar de las dificultades mencionadas, actualmente la gran mayoría de los niños va a la escuela.<sup>10</sup>

En el ciclo escolar 2004-2005, analizado por Rebolledo, los estudiantes otomíes eran 117 (82% del total). Este autor menciona también un hecho importante: si en los ciclos iniciales casi no había diferencia entre el número de niñas y niños, en la eficiencia terminal sí la había, ya que en el sexto grado sólo asistían cuatro niñas de un total de 17 estudiantes. Otro dato interesante es que dos niñas de 14 y 15 años, respectivamente, que cursaban el quinto grado, desertaron a la mitad del curso para contraer matrimonio.<sup>11</sup>

### Problemas de aprendizaje y fracaso escolar

La manera en que los hijos aprovechan la escolaridad depende de diferentes factores; algunos de ellos se relacionan con las características de la familia, por ejemplo: el grado de integración familiar, la violencia en el

<sup>10</sup> En 2003, en la escuela primaria Alberto Correa se puso en marcha el Programa de Educación Intercultural Bilingüe, dentro del Programa de Atención Educativa de la población indígena en el Distrito Federal de la Secretaría de Educación Pública, en el cual participaron investigadores de la Universidad Pedagógica Nacional. Sus objetivos fueron: impulsar un enfoque educativo intercultural para todas las escuelas públicas del sistema de educación básica en el Distrito Federal y atender con calidad, pertinencia y equidad a los niños y niñas indígenas que asisten a escuelas públicas de dicha entidad. El trabajo de Rebolledo describe en detalle la manera en que se desarrolló el programa bilingüe bicultural, el trabajo con los maestros y los alumnos otomíes (*hñābhñö*) y además ofrece una información muy valiosa sobre diversos aspectos relacionados con la problemática escolar de los niños y con su integración a la sociedad urbana de la ciudad de México. Véase Nicanor Rebolledo, *op. cit.*

<sup>11</sup> Nicanor Rebolledo, *op. cit.*, pp. 65-68.

hogar, la situación económica, la frecuencia de los viajes a su comunidad —que interrumpen la asistencia de los hijos a clases— el trabajo infantil y la tradición que incita a las jóvenes a contraer matrimonio a una edad muy temprana. La baja o nula escolaridad de los padres explica también que no siempre motiven a sus hijos para que estudien (a veces incluso les anteponen el trabajo al estudio); además, siendo en su mayoría analfabetas o con muy bajos niveles de escolaridad, no pueden ayudarles en las tareas escolares.

Otros factores tienen que ver más directamente con la enseñanza, los programas escolares y el biculturalismo de los niños. Debido a que no hablan correctamente el español y no manejan muchos de los elementos de la cultura nacional requeridos, tienen dificultad para seguir y entender bien los programas. Más de la mitad de los niños analizados por Rebolledo nacieron en la comunidad e iniciaron los estudios allá, lo que significó un cambio de ambiente y de relación con los maestros no indígenas. Por otra parte, los programas y libros de texto no toman en cuenta la situación de los alumnos indígenas; tampoco los maestros están preparados para enfrentar esta situación.<sup>12</sup>

Concluye Rebolledo:

<sup>12</sup> La comparación de la situación escolar de los niños otomíes de la ciudad de México y los de Guadalajara arroja varias similitudes, pero también muchas diferencias importantes. En Guadalajara, lo que motiva a los padres a inscribir a sus hijos en la escuela es la presión de los catequistas, quienes les impiden recibir la primera comunión si no saben leer y escribir. Las familias viven en una “comunidad cerrada”, por lo que los niños —cuyo manejo del idioma español es deficiente— no logran integrarse con sus compañeros no indígenas. Por la misma razón, los padres no participan en las juntas y dejan que los niños resuelvan sus problemas escolares solos, con resultados negativos para su escolaridad.

Los niños de segunda generación ingresan a la escuela después de los diez años, mientras que los nietos (tercera generación) empiezan la escuela antes (a los siete u ocho años), aunque siempre deben cumplir primero con las obligaciones domésticas y laborales antes de ir a la escuela. La mayoría entran al turno nocturno por no tener la educación adecuada y sus rendimientos son inferiores a los niños mestizos. Los profesores y directivos no ayudan a que su inserción sea menos difícil, pues les dan un trato despectivo y suelen ignorar su origen étnico (no creen que son indígenas, los consideran flojos y sucios y critican su falta de integración y participación). En estas condiciones, la mayoría deserta de la escuela apenas aprenden a leer; véase Regina Martínez Casas, *op. cit.*

En el caso de estas niñas y niños los retos para lograr una buena educación son mayores, demasiadas situaciones están en contra de ellos como la enseñanza en una lengua que no es la propia, de la cual en ocasiones llegan a sentirse avergonzados: incluso en muchos casos, cuando apenas están comenzando a aprender el español, reciben la enseñanza de los contenidos en esa lengua de forma directa; la imposición de la cultura dominante que se convierte en el referente para subvalorar la cultura local; la falta de concordancia entre las responsabilidades laborales con las tareas que suelen darse en la escuela, lo que ha llevado al personal docente a prácticamente suprimirlas, al igual que la falta de apoyos en el entorno familiar para su realización; sus visiones de futuro que parecen limitarlos, en parte arraigadas en su cultura (como el matrimonio temprano de algunas niñas) pero que, al mismo tiempo, obedecen a una realidad cotidiana.<sup>13</sup>

El caso de la deserción escolar por parte de las niñas llama particularmente la atención, ya que tiene que ver con la tradición indígena de formar una familia a edad muy temprana (14-15 años), lo cual no parece haber sufrido cambios importantes después de varias décadas de migración. De hecho, se conocen varios casos de niñas que al llegar a esa edad ya no tienen interés en el estudio y dejan la escuela. Algunas ni siquiera fueron a la escuela y son analfabetas. Comenta una madre: “Aquí también las hijas se van con el hombre, todas se fueron así, muy jóvenes. V. se escapó a los 14 años, no terminó primero de primaria, no aprendió nada, sólo con los maestros que llegaron a la vecindad a alfabetizar.” El caso de una joven de 15 años que dejó la escuela, relatado por su madre analfabeta que habla mal el español, ilustra bien esta situación:

Yo insistía a que siguiera estudiando pero no me hizo caso. Yo hasta me enojé cuando salió de sexto, estudió sólo medio año, no terminó. Cuando salió me daba coraje, ¿por qué te portas así?, no sé, esta niña salió de aquí, de la casa, no sé dónde andaba, la maestra la estaba buscando, la fui a buscar, estaba con unas amigas; la busqué, pero no quería venir. No sé, que quería andar con sus amigas dondequiera, ya la fue traer, se regresó otra vez, le

<sup>13</sup> Nicanor Rebolledo, *op. cit.*, p. 86.

dije que a poco como yo va a sufrir, ya sabes como tu papá me trata, no, y la muchacha: “ya no quiero estudiar, no voy a estudiar”; le digo no es bueno lo que haces, pero ya andaba con este muchacho, se juntó con él, la regañé mucho, ya tiene un año con él, lo trajo aquí. El es de Veracruz, no es otomí. Ahorita ya tienen su hija, no quería estudiar.

Si bien estas situaciones son bastante frecuentes, en algunas familias entrevistadas existe interés por parte de los padres en que sus hijas terminen la secundaria e incluso una carrera corta antes de casarse; se trata casi siempre de familias con mayores ingresos y con una visión más citadina del futuro de sus hijas.

#### Los niños y jóvenes en la calle

##### *El trabajo callejero y la escolaridad*

Desde la edad muy temprana, la calle constituye un espacio muy importante en la vida de los niños y jóvenes otomíes cuando acompañan a sus madres a vender. Como ya se había mencionado, en la gran mayoría de las familias los hijos participan activamente en la economía familiar mediante la venta callejera de dulces y chicles, limpiando parabrisas y pidiendo limosna. Este trabajo lo realizan durante el tiempo libre de clases, pero también a veces dejan éstas para ganar un poco de dinero. Las niñas, además de dulces y chicles, venden artesanías, sobre todo muñecas de trapo (algunas participan en su elaboración). Los niños trabajan en la calle en compañía de algún adulto de su familia o solos, dependiendo de su edad y la distancia de su hogar. Comenta una madre que su hijo de 12 años, “cuando llega de la escuela va a limpiar parabrisas, saca para sus cosas, me da 10 pesos para comprar tortillas; los de 15 y 16 ya trabajan como ayudantes de albañil junto con el padre”.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> En el D.F. los niños otomíes buscan recursos en la calle, desempeñando diversas actividades según su edad, de manera relativamente independiente de sus padres; sin embargo, en Guadalupe el trabajo infantil se considera como una forma de socia-



Rebolledo y Ukeda<sup>15</sup> coinciden en que el trabajo que desempeñan los niños y jóvenes en horas libres de clases (en general en las mañanas y en las noches) constituye otra causa importante de sus deficientes resultados y la deserción escolar. El tiempo que pasan en la calle trabajando, que puede ser hasta altas horas de la noche y los fines de semana, les quita tiempo y energía para estudiar; pueden también llegar cansados a la escuela o incluso no asistir a clases. Por el hecho de ganar un poco de dinero, pierden el interés en el estu-

lización para prepararlos a la vida de adultos, por lo que está controlado por sus familiares. De hecho, los niños y jóvenes nunca se salen totalmente del círculo familiar ya que a partir de los siete u ocho años, tanto niños como niñas, empiezan a colaborar en la producción y venta de las mercancías (fritangas) en el puesto de algún familiar, vendiendo chicles o boleando zapatos en la misma zona del centro de la ciudad. Con el dinero obtenido adquieren los materiales para la escuela, la ropa y las golosinas. La mayoría asiste a la escuela por la tarde para ayudar a sus padres durante la mañana. En muchos casos la escuela pasa a segundo término, lo prioritario es que cooperen con la familia para garantizar el sustento. Esta falta de interés de los padres emigrantes en el estudio de los hijos (a pesar de que los que estudian tienen beca del DIF) causa sorpresa entre los familiares que viven en su comunidad de origen, quienes no entienden que se pueda desaprovechar de esta manera la gran oportunidad que ofrece la ciudad para que los hijos estudien y progresen; véase Regina Martínez Casas, *op. cit.*

<sup>15</sup> Véase Nicanor Rebolledo, *op. cit.*; Hiroyuki Ukeda, *op. cit.*



dio; además, corren el peligro de caer en el vicio por la influencia de grupos y jóvenes mayores de la calle. Cuando consumen drogas, su capacidad para mantener la concentración durante las clases disminuye de manera ostensible, lo que repercute en el aprendizaje y la resolución de problemas, sobre todo en las matemáticas. El comentario de una educadora describe muy bien la dramática situación de algunos jóvenes:

[...] los hijos de J. se han criado a la buena de Dios, todos los que ha tenido (tres con el primer marido y cinco con el segundo); los grandes han pasado todos por droga; [...] estaban por salirse de la escuela. Nosotras los ingresamos a la escuela, pero no teníamos resultados porque vienen con una historia de maltrato fuerte, son adictos y tienen desnutrición; de repente entran en un sistema donde tenían que tomar horas de clase, tener reglas y demás, era muy complicado y en general fracasaban todos ellos, por más que hacíamos el esfuerzo de mantenerlos.

#### *El problema de la drogadicción*

Así como el alcoholismo es un grave problema en los adultos, de esa misma forma varios niños y jóvenes son adictos a la droga. La drogadicción llegó a este grupo social desde la calle, donde muchos vivían antes, iniciándose como limpiadores de parabrisas, actividad que todavía muchos desarrollan actualmente. Viven en asentamientos congregados y están juntos en la misma escuela, por lo que tienen una relación muy limitada con alumnos no indígenas. Los contactos que tienen con sus pares no otomíes son los jóvenes que trabajan en la calle, casi siempre drogadictos.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> A diferencia del D.F. en Guadalajara no parece existir el problema de drogadicción de niños y jóvenes otomíes, o por lo menos no se menciona en los estudios citados. Esto se debe probablemente a que los niños sólo se mueven dentro del ámbito étnico;

Según los datos recogidos por Rebolledo, de los 124 alumnos de origen otomí inscritos en la escuela donde se llevó a cabo el Programa de Educación Intercultural Bilingüe, 25 habían tenido contacto con algún tipo de droga, sobre todo inhalantes (el “activo”, “chemo” o “checno”). De éstos, seis se han vuelto consumidores frecuentes y por esta causa abandonaron la escuela; llama la atención que se trata de niños de primer y cuarto grados de primaria; es decir, inician el consumo a edades muy tempranas.<sup>17</sup> Conviene precisar que estos niños vienen de hogares donde hay alcoholismo en uno o ambos padres, hay un ambiente de violencia o existen otros conflictos, además de la pobreza. El consumo de droga es una manera de “sentirse bien” o de quitarse el hambre y de escapar de su realidad cotidiana.

La drogadicción afecta sobre todo a niños y adolescentes masculinos, pero hay casos de drogadicción también entre las jóvenes que vienen de hogares con problemas de violencia, alcoholismo o descuido por parte de los padres. Se conoce el caso de una joven que empezó a drogarse a los 10 años de edad con el “activo”, se juntaba con los jóvenes de la glorieta del metro Chapultepec y terminó viviendo prácticamente en la calle, en la suciedad y el abandono; la madre nunca se hizo cargo de ella, pero sí tuvo que aceptar criar a su hijo que le había dejado, producto de su primer embarazo. En esta familia ambos padres son alcohólicos y viven de la limosna.

El problema de la drogadicción de los hijos se da también en familias que tienen un nivel de vida satisfactorio y no presentan conflictos. Una madre comen-

incluso en la calle donde pasan una gran parte del día —y que es el espacio donde pueden caer en vicios— están muy controlados por sus familiares que siempre están cerca y los protegen del contacto con otros jóvenes que trabajan o viven ahí; véase Regina Martínez Casas, *op. cit.*, así como Regina Martínez Casas y Angélica Rojas Cortés, “Indígenas urbanos en Guadalajara: etnicidad y escuela en niños y jóvenes otomíes, mixtecos y purépechas”, en Pablo Yanes, Virginia Molina y Óscar González (coords.), *El triple desafío. Derechos, instituciones y políticas para la Ciudad Pluricultural*, México, Secretaría de Desarrollo Social del Gobierno del Distrito Federal/Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2006, pp. 69-98.

<sup>17</sup> Nicanor Rebolledo, *op. cit.*



ta los problemas con sus hijos y la lucha que está librando para curarlos y salvarlos de los estragos de la droga:

Problemas a veces con los niños, que no quieren entender, ir a la escuela, me da coraje, muchas veces he hablado con ellos. Aquí todos salen a la calle, ya tengo un niño que se está drogando con el activo, el de 14 años. Sale a la calle y cuando llega ya está drogado. Por eso me estoy haciendo corajes con él, ya lo he llevado al internado adonde los tratamientos para la droga, duré un año y medio con él. Empezó a los 12 años. En la escuela dice que no se droga, pero cuando regresa, deja la mochila y se va, regresa de noche. Le digo que se ponga a estudiar, ya lo hice todo, ahorita apenas lo interné, por el metro Chilpancingo. El hermano mayor (de 15 años) a lo mejor también se droga, pero no tanto como él. El mayor sabe más lo que hace, el otro no, y lo están metiendo mucho por aquí. Muchos niños de aquí hacen esto, todos. Quién sabe por qué. Cuando llegué aquí, a mis niños no los dejaba salir a la calle, no dejaba que iban con la droga. Nunca supe, me dijeron a mí, me di cuenta cuando llegó así muy mareado, entonces dije a su papá. Fui a buscar un psicólogo, un doctor me explicó esto, en San Cosme, en un centro. Duré dos años en esto, con el doctor, apenas lo dejé. Iba cada 15 días. Al principio no pagaba yo nada, me daba gratis la consulta, pero cuando supo que ya trabajaba el niño, pagaba \$12. El niño no entiende, yo ya me cansé, le digo, siempre vamos y tú no entiendes, ya te dejo, a ver como le vas hacer. Ahorita ya lo interné. Es un lugar para alcohólicos y drogadictos, hoy lo voy a ver, se fue anteayer. Todavía no hablamos, se dejó llevar; siempre platicaba yo con él, entiéndelo niño, ponte a trabajar, a estudiar, deja estas cosas. El iba en la noche y volvía a las 3-4 de la mañana. Ya buscaba yo la escuela militar para meterlo ahí. Apenas terminó primero de secundaria, quiero un lugar donde estudie, pero no sé donde. No quiero que llegue más con la droga. El hijo de M. (drogadicto) ya tiene 23 años, el mío tiene 14, yo puedo hacer algo por él todavía.

A varios jóvenes drogadictos se les da tratamiento en el hospital especializado en la calle de Chilpancingo, de la colonia Roma. Los tratamientos y la hospitalización implican gastos que reducen aún más los escasos



recursos de estos hogares. Hay casos bastante dramáticos, sobre todo cuando hay poca esperanza de curar a los adictos que en un determinado momento presentan serios problemas de salud ya incurables. El comentario de una madre que tiene varios hijos drogadictos ilustra muy bien la situación de impotencia y de desesperación que viven las familias afectadas por este problema que va deteriorando la salud física y mental de sus hijos, uno tras otro:

Mis hijos [...] se estaban drogando. Mi hijo era el único que me ayudaba en la calle porque vendíamos, y sufrí mucho (llora); porque mi hijo también se estaba drogando, lo tengo aquí en Chilpancingo, ya tiene como 23 años, está en una casa de rehabilitación, por el alcohol y la droga, las dos cosas; se estaba drogando en la calle porque estaba limpiando parabrisas; ya ve que todos los limpiadores que están ahí en la calle pues[...] se hacen [...] Tengo tres con este problema, ahora el que tengo aquí que ya tiene 17 años, se queda aquí, se escapó (del hospital) y se vino, ya no quiso regresar; lo estoy llevando a curar. El tercero ya se está controlando, estaba trabajando, pero ya no, lo llevé al hospital para buscar medicinas. El problema es con los menores que tengo, el más chico también estaba empezando, pero el mayor lo regañó mucho [...] ahora va a trabajar en la obra, luego. Mi esposo me apoya ahora, lo único, cuando está enfermo mi hijo no da nada, como si no fuera su hijo [...] Se molesta porque hay que comprar los tratamientos. “Que no es su hijo, que esta ch... lo buscan ellos mismos, ganamos dinero y se va para esto y cuando vamos al pueblo ya no hay dinero”.

La drogadicción es un problema social mayor que se sale del control de la familia y destruye la salud de los

jóvenes, comprometiendo su futuro en la ciudad, ya difícil por su condición de indígenas. Es también una causa del fracaso escolar y del abandono de la escuela, cerrándoles cualquier posibilidad de superación. Lo más grave es el círculo vicioso en que viven muchos de estos niños y jóvenes, y que es difícil de romper. La pobreza y la violencia que sufren en sus hogares, las dificultades que tienen en la escuela por tener una cultura y lengua diferentes de los demás, y el rechazo y discriminación que resienten a su alrededor por ser indígenas, los orillan a drogarse, lo que a su vez puede llevarlos a interrumpir los estudios y afectar definitivamente su salud y con ello su futuro como personas.

Las vecindades ubicadas en la colonia Roma, cerca de los cruces de importantes calles (Insurgentes, Reforma, Chapultepec, Monterrey, Niza) —donde se concentran los niños y jóvenes otomíes que limpian parabrisas en los semáforos— son sitios donde se propaga este vicio. Los niños que salen a la calle para ganar un poco de dinero lavando parabrisas o pidiendo limosna, entran en contacto con otros jóvenes ya drogadictos y se inician en el vicio del cual después les es difícil escaparse, a pesar de los esfuerzos de sus padres y de los tratamientos médicos.

#### Perspectivas para el futuro

Muchos son los retos y obstáculos que deberán superar los niños y adolescentes otomíes para “salir adelante” en la ciudad. Si bien los problemas descritos arriba son muy graves, no todos afectan a toda la población infantil (la drogadicción y la violencia), o no la afectan en el mismo grado. En muchas familias los padres tratan de estimular a sus hijos a que estudien para que puedan tener mejores condiciones de vida en el futuro. Igualmente los hijos, en su mayoría, a pesar de las condiciones económicas, sociales y culturales adversas, se dan cuenta de la importancia de los estudios para progresar y salir de la pobreza.

Según una encuesta realizada por Rebolledo en la escuela donde estudian los niños otomíes, 76% de los estudiantes del grupo de sexto grado dijo aspirar a una profesión, mientras que este porcentaje fue de sólo 14.3% en el grupo de primer año; es decir, a pesar de

los problemas que tienen los estudiantes otomíes en su escolaridad, a medida que avanzan en el estudio, aumenta la conciencia de la importancia de tener una ocupación formal, un oficio o una profesión. De hecho, varios (19 casos) manifestaron estar interesados en ciencias médicas; en segundo lugar, algunos mencionaron su interés en la docencia y otros más en otras carreras como la abogacía.<sup>18</sup> De hecho, entre los migrantes otomíes de mayor antigüedad en la ciudad hay casos de personas que, a pesar de la pobreza casi extrema, lograron terminar la escuela e incluso ingresar a la universidad gracias al apoyo y el estímulo permanente de la familia.<sup>19</sup>

La vida en la capital permite percibir oportunidades de estudio que no existen en sus comunidades de origen, así como la necesidad de estudiar para progresar en el seno de la comunidad urbana otomí. Ésta es la visión que tiene, por ejemplo el líder del grupo otomí de la calle de Guanajuato, donde en el proyecto de construcción de sus viviendas se había previsto un espacio para la biblioteca y una sala de cómputo. Los niños y niñas aprenden a jugar ajedrez, con un maestro, desde la edad de seis años. Si bien es cierto que éstas son condiciones más bien excepcionales, este predio es un ejemplo para los otros donde las condiciones son aún muy rudimentarias, los salones comunitarios cuentan con mala luz, pero por lo menos hay pequeñas mesas donde los niños pueden hacer sus tareas, lo que representa un espacio con el que no siempre cuentan en sus hogares.

El futuro de estos niños y jóvenes no depende únicamente de ellos. Los esfuerzos que deben realizar para cumplir con las exigencias escolares y para enfrentar situaciones de discriminación y rechazo por su condición de indígenas, no serán suficientes si las políticas educativas y los programas escolares no toman en cuenta la presencia en las aulas de alumnos que son portadores de lenguas y culturas diferentes a la nacional, y si no cambia la actitud de la sociedad urbana hacia esta población estigmatizada.

<sup>18</sup> *Ibidem*, pp. 76-77.

<sup>19</sup> Hiroyuki Ukeda, *op. cit.*